

Ana Alcolea
Montserrat del Amo Elia Barceló
Lola Beccaria
Martín Casariego
Ana Isabel Conejo
Carlo Frabetti
Espido Freire
Carlos Giménez
Alfredo Gómez Cerdá
César Mallorquí
Ricardo Gómez
Gustavo Martín Garzo
Andreu Martín
Gonzalo Moure
Elena O'Callaghan i Duch
Rosa Regàs
Care Santos
Marta Rivera de la Cruz
Jordi Sierra i Fabra
Lorenzo Silva

21 relatos contra el

acoso escolar

Idea y dirección: Fernando Marías y Silvia Pérez



A n a A l c o l e a
A n a A l o n s o
M o n t s e r r a t d e l A m o
E l i a B a r c e l ó
L o l a B e c c a r i a
M a r t í n C a s a r i e g o
C a r l o F r a b e t t i
E s p i d o F r e i r e
C a r l o s G i m é n e z
A l f r e d o G ó m e z C e r d á
R i c a r d o G ó m e z
C é s a r M a l l o r q u í
A n d r e u M a r t í n
G u s t a v o M a r t í n G a r z o
G o n z a l o M o u r e
E l e n a O ' C a l l a g h a n i D u c h
R o s a R e g à s
M a r t a R i v e r a d e l a C r u z
C a r e S a n t o s
J o r d i S i e r r a i F a b r a
L o r e n z o S i l v a

21 relatos contra el acoso escolar



sm

21 relatos contra el acoso escolar

Primera edición: diciembre de 2013

Cuarta reimpresión: noviembre de 2018

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Coordinación editorial: Gabriel Brandariz

Ilustraciones: Carlos Giménez

© del texto: Ana Alcolea, Ana Isabel Alonso, Elia Barceló, Lola Beccaria, Martín Casariego, Montserrat del Amo, Carlo Frabetti, Espido Freire, Carlos Giménez, Alfredo Gómez Cerdá, Ricardo Gómez, César Mallorquí, Andreu Martín, Gustavo Martín Garzo, Gonzalo Moure, Elena O'Callaghan i Duch, Rosa Regàs, Marta Rivera de la Cruz, Care Santos, Jordi Sierra i Fabra, Lorenzo Silva

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C., 2013
Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú
Teléfono: (51 1) 614 8900
contacto@sm.com.pe
www.sm.com.pe
www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Gráfica Esbelia Quijano S. R. L.
Jr. Recuay 255, Urb. Chacra Colorada,
Breña, Lima, Perú

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN: 978-612-316-078-4

Registro de Proyecto Editorial: 31501311801040

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 2018-15851

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , por Fernando Marías	7
<i>Chico Omega</i> , por César Mallorquí	9
<i>Aprende</i> , por Espido Freire	21
<i>La diferencia</i> , por Lola Beccaria	33
<i>En tierra de nadie</i> , por Monserrat del Amo	47
<i>¿Conocéis a Silvia?</i> , por Marta Rivera de la Cruz	59
<i>Pasarse de la raya</i> , por Andreu Martín	77
<i>Las dos caras de la moneda</i> , por Elena O'Callaghan i Duch ...	85
<i>Un poco de simetría</i> , por Lorenzo Silva	109
<i>Tú, no</i> , por Martín Casariego	117
<i>¿Por qué?</i> , por Carlos Giménez	125
<i>No lo entiendo</i> , por Ricardo Gómez	129
<i>Figura de carbón</i> , por Alfredo Gómez Cerdá	139
<i>Martina</i> , por Ana Alcolea	149
<i>El protector</i> , por Gustavo Martín Garzo	165
<i>Fidel Castro y el general Moscardó</i> , por Carlo Frabetti	177
<i>Sueño cumplido</i> , por Ana Alonso	185
<i>La luciérnaga</i> , por Elia Barceló	199
<i>Moraíto como un lirio</i> , por Gonzalo Moure	215
<i>Pelo paja</i> , por Rosa Regàs	223
<i>Memoria</i> , por Jordi Sierra i Fabra	235
<i>Marcar un gol</i> , por Care Santos	243

PRÓLOGO

«Mientras exista la atrofia del niño por las tinieblas, los libros como este podrán no ser inútiles», escribió Victor Hugo en el prólogo de su novela *Los miserables*.

Nos parece oportuno recuperar esta contundente sentencia para comenzar *21 cuentos contra el acoso escolar*, libro cuyo objetivo queda nítidamente expuesto desde el propio título.

Veintiún autores se enfrentan sin miedo, y de forma a veces muy poco complaciente, a las múltiples caras de este gravísimo problema que constituye hoy y ahora, en este mismo instante, una terrible forma de tortura para muchos escolares de nuestro país.

Veinte escritores de reconocido prestigio –algunos de ellos, realizando su primera incursión en el campo de la literatura juvenil– y un ilustrador –en representación breve pero significativa del mundo del cómic– reclaman nuestra mirada hacia este espejo oscuro, recordándonos que tal vez deberíamos preguntarnos:

¿Cuál es mi actitud concreta ante el acoso escolar?

Esa es la intención nítida. Si en algún caso lo conseguimos, este libro *podrá no ser inútil*.

CHICO OMEGA

por César Mallorquí

El *abominable hombre de las letras*, como él mismo se autoproclama en su *blog*, dejó de fumar en 1986. Pero este no es el único logro de este madrileño nacido en Barcelona en 1953. Tras una exitosa carrera como periodista, guionista de radio y creativo de publicidad, un buen día decidió dejarlo todo por su verdadera pasión: la literatura. Y desde entonces, no ha parado de regalarnos excelentes novelas.

¡Ring-ring...!

Vamos, vamos, espábilate, está sonando el despertador. Arriba, dormilón, abre los ojos y mira por la ventana; comienza un nuevo día y la mañana es espléndida. Anda, no seas holgazán y sal de la cama; piensa que hoy es el primer día del resto de toda tu vida y cualquier cosa puede suceder, pues el mundo está lleno de promesas.

Te incorporas y te sientas en la cama con los ojos todavía abotargados por el sueño; durante unos segundos sientes una punzada de angustia por haberte despertado, pero ese dolor, ese taladro sordo que te perfora por dentro, desaparece poco a poco sumido en la resignación. Un nuevo día, sí, un día en el que todo es posible. Te levantas, te duchas, te pones el uniforme del colegio, desayunas en la cocina, recoges la mochila con los libros y te despides de mamá con un fugaz beso. *Que pases un*

buen día, dice ella, sonriendo. Un buen día... como ayer, como mañana, como siempre.

Sales a la calle; la mañana es soleada pero fría, las personas que pueblan las aceras deambulan con prisa, como si todos llegaran tarde a algún sitio. Te arrebujas en el chaquetón y metes las manos en los bolsillos para protegerlas del frío, echas a andar hacia el colegio; solo está a seis manzanas de distancia, apenas diez minutos de tranquila caminata. Miras el reloj que preside la torre de una iglesia: marca las nueve menos cinco, faltan quince minutos para que empiecen las clases. Automáticamente, casi sin darte cuenta, comienzas a caminar más despacio; si llegas demasiado pronto, te encontrarás a tus compañeros en el patio, y eso no es bueno, ¿verdad?, no, no, no, nada bueno, así que no corras, tranquilo, arrastra los pies, procura retrasar al máximo el momento de la llegada.

Las nueve en punto... Las nueve y cinco... Cruzas el viaducto que salva un desnivel entre dos calles; ya ves el colegio, ahí está, frente a ti. Conforme te acercas, un nudo se va formando en tu estómago y sientes ganas de darte la vuelta y alejarte corriendo, perderte en las calles, desaparecer, pero sabes que no puedes, sabes que cadenas invisibles te atan a tu deber, y tu deber es ir al colegio, estudiar, formarte, y aguantar, y aguantar, y aguantar, soportar lo insoportable.

Ya está, has llegado. El patio se encuentra casi desierto, buena suerte; cruzas la verja y echas a andar hacia el edificio del colegio. De pronto, escuchas a tu espalda un repique de pasos acelerados; son tres compañeros tuyos que llegan corriendo para no retrasarse. Al pasar a tu lado, uno de ellos te da un doloroso palmetazo en la nuca; los

otros dos se ríen y escupen algún comentario hiriente. Bajas la mirada y sigues caminando en silencio; hoy no vas a llorar, te dices apretando los dientes, no, no llorarás. Ellos pasan de largo –el eco de su carrera reverberando en los pasillos– y tú, con la mirada fija en el suelo, subes las escaleras, cruzas el umbral y te adentras en un largo corredor jalonado de aulas. El vocerío de los chavales te llega amortiguado por los tabiques.

Entras en clase. El profesor ya ha venido y los alumnos se están sentando. Dejas el chaquetón en una percha y te diriges a tu pupitre, que se encuentra al fondo del aula, en una esquina. Cuando estás a punto de llegar, alguien te pone la zancadilla y das un traspíe, pero logras no caerte. Un ramillete de risas florece a tu alrededor. Te sonrojas e intentas tragar saliva, pero tienes la boca seca. Encajas la mandíbula –hoy no vas a llorar, no– y te sientas, y sacas el libro de ciencias naturales, y lo pones sobre el pupitre, y pierdes la mirada esquivando los ojos de los demás. La clase se inicia. El profesor comienza a hablar acerca de los animales sociales.

Los lobos son una especie social y su comportamiento está en gran medida condicionado por las relaciones con otros miembros de su raza. Su forma usual de organización es la manada, un grupo más o menos amplio de ejemplares regido por una severa pauta jerárquica. Así pues, cada miembro de la manada posee un diferente grado de estatus que determina su acceso al alimento y a la reproducción. Los rangos se establecen mediante una serie de luchas y enfrentamientos rituales en los que realmente pesa más el carácter y la actitud que el tamaño o la fuerza. Cada manada tiene dos líderes claros: el macho alfa y la hem-

bra alfa, que guían los movimientos del grupo y tienen preeminencia sobre los demás a la hora de alimentarse, procrear y criar a sus camadas.

Por debajo de los líderes se encuentra el macho o la hembra beta, que solo muestra obediencia a los alfas, y así sucesivamente. En ocasiones, existe un rango marginal llamado omega. El lobo omega ocupa el último puesto de la manada y es el blanco de todas las agresiones sociales. Víctima del desprecio de sus congéneres, el lobo omega adopta una actitud de sumisión permanente y puede acabar abandonando el grupo para convertirse en un lobo solitario.

Las diez y cinco, acaba la clase; en medio del alboroto de los alumnos, el profesor de naturales se va, y entra el de matemáticas. Cincuenta y cinco tediosos minutos después, concluyen los números y comienza la clase de lengua. La profesora te pregunta y tú, entre titubeos, contestas erróneamente; tus compañeros se ríen. De ti. Una vez más. No importa, estás acostumbrado.

Las doce menos cinco; suena el timbre que marca el comienzo del recreo. Los alumnos abandonan en tropel el aula, pero tú lo haces despacio, sin prisa, porque sabes que nada ni nadie te espera. Sales al patio, te diriges a un rincón, te sientas en el suelo, con la espalda apoyada contra un muro, y contemplas a los demás. Nadie te va a pedir que juegues al fútbol, nadie se va a acercar a ti para charlar; con suerte, ni siquiera se meterán contigo. Es el vacío absoluto, el aislamiento total. Incluso aquellos que nunca te han hecho nada se mantendrán alejados, pues hablar contigo es caer muy bajo, así que se limitarán a ignorarte.

En cierto modo, este es el peor momento del día, ¿verdad?, cuando durante el recreo ves a tus compañeros jugar y reírse. Entonces, la soledad se abate sobre ti como una losa y sientes una tristeza enorme consumiéndote por dentro, y te preguntas por qué, qué les has hecho tú para que te traten así, pero eso da igual, chico omega; puede que seas más bajo, o más gordo, o más tímido, o más torpe, no importa; lo único que cuenta es que eres distinto y eres más débil. Ese es tu pecado y ellos son el castigo.

Las doce y cuarto, termina el recreo. Las dos siguientes clases –música y plástica– transcurren sin incidentes y llega la hora de la comida. Te diriges al comedor junto con el resto de los alumnos y te sitúas al final de la cola; cuando llega tu turno, coges la bandeja con la comida y te sientas a una de las mesas, en una esquina, casi en el borde del banco corrido, lejos de los demás. Nadie te habla mientras coméis, nadie se acerca a ti, ni siquiera te miran. Hay cientos de chicos rodeándote, pero estás solo. Cuando llegas al postre, coges un poco de flan con la cuchara, te lo llevas a la boca y lo escupes al instante; alguien le ha echado sal. Escuchas unas risas, pero no miras a nadie; bebes un largo trago de agua y el sabor salado se desvanece. El amargo, no; ese se queda, siempre está ahí.

Después de comer, todo el mundo va al patio. Tú te diriges a un rincón, detrás de la cancha de baloncesto, donde nadie pueda verte, y permaneces ahí sin hacer nada, sin pensar en nada, porque pensar duele. Las tres y veinticinco; regresáis al aula y comienza la clase de ciencias sociales, y luego, a las cuatro y veinte, la última del día, inglés. A las cinco y cuarto suena el timbre que marca el final de las clases. En medio de un alboroto de

1 5 2 9 2 5

ISBN 978-612-316-078-4



9 786123 160784

Hecho en el Perú

GRAN ANGULAR

*Un mote.
Collejas.
Empujones furtivos.
Insultos.
Anónimos y amenazas.
Libros y apuntes rotos.
Escupitajos.
Ignorar y hacer el vacío. No prestar ayuda. Difamaciones.
Rumores y bulos.
Llamadas obscenas.
Humillaciones.
Zancadillas.
Silencios culpables.
Mirar para otro lado...
El acoso escolar tiene muchas caras.
Cuidado.*

Este libro es una recopilación de relatos realistas que, firmados por algunos de los escritores más importantes del panorama nacional, denuncia el acoso escolar desde distintas perspectivas. Un libro cada día más necesario.

Ilustración de cubierta:
© Carlos Giménez